







Table with multiple columns showing train routes and schedules between Madrid, Oviedo, Gijón, Avilés, and other locations. Includes station names, times, and class designations.

NOTA.—El tren correo de Madrid á Gijón y viceversa, no admite viajeros más que de primera y segunda clase.—El mixto que viene de Madrid, como los demás mixtos y correos de la provincia, llevan coches de las tres clases. DILIGENCIAS.—Salen de Oviedo: Para Grado, Salas, Espina y Luarca, á las seis de la mañana. Para Tineo y Cangas de Tineo, á las tres de la tarde. Para Pola de Siero, á las tres de la tarde.

Advertisement for 'SOCIEDAD DE FOTOGRAFADO' featuring 'ROCOFULL Y Cia' and an illustration of a woman operating a camera.

Advertisement for 'Gran Relojería y Taller Mecánico DE COMPOSTURAS' by Raimundo Caldevilla, located at Calle Real nº 242, Pola de Laviana. Includes a clock illustration.

Advertisement for 'BIBLIOTECA DE Novelistas del siglo XX' featuring a list of authors and titles such as 'Amor y pedagogía', 'La Voluntad', and 'La Dictadora'.

Advertisement for 'LA ECONOMICA IMPRENTA' located at Santo Domingo, 1, Oviedo. Lists various printing services like facturas, rayados, and tarjetas.

Advertisement for 'El Andorrano' Camisería, lemoería, géneros de punto, ropa blanca. Located at Calle Real, núm. 24 y 26, Pola de Laviana.

Advertisement for 'Máquinas "SINGER" para coser' with 'Mas de quinientos modelos' and 'Mas de quinientos modelos'.

Estomacalina Alfajeme

De las especialidades para curar conocidas enfermedades del Estómago é intestino única verdad que la ciencia ha comprobado sus excelentes resultados en los ensayos hechos en los hospitales de Madrid por las eminencias médicas, doctores Mariani, Horguegas, Medina y Veit. Huertas, Pérez Valdés, Estévez, Montaña y otros, es la Estomacalina Alfajeme, pudiendo comprobarlo todo enfermo con tomar una botella. Precio, cuatro pesetas botella. Conde de Romanones, 8 y 10, farmacia, Madrid.

FOLLETÓN DE "EL PROGRESO DE ASTURIAS" 43 RAFAEL ALTAMIRA REPOSO

labrador adinerado, metido por fuerza en la política, el cual, preguntado cierta vez, allá por los años anteriores á la Revolución de 1868, á qué partido pertenecía, respondió, expresando su suprema indiferencia: —Dicen que soy de la Unión. Ahora, el cirujano usaba, además, argumentos de otro género, hijos de lecturas periodísticas recientes. —No me habléis de política: administración, fomento de los intereses morales y materiales, eso es lo que hace falta. A nosotros, por ejemplo, ¡qué es lo que nos importa! Pues una ley rural; policía rural, para que no nos saqueen los huertos y los plantíos, la vuelta al pueblo de los montes desparto; mucha agua para regar, y como condición de que todo eso se cumpla bien, que nos den autonomía, que formemos un Ayuntamiento nuestro, de los de Villamar sólo.

calde socarradamente.—¿Qué más da que la tenga yo que tú, pongo por caso? La cuestión es que allá no nos atiende poco ni mucho. —Pues yo creo que perderíamos con ser independientes—dijo el maestro, á quien la idea le parecía mal por ser del cirujano y, un poco también, porque temía por su sueldo, si quedaba á merced de los de Villamar.—Ahora, esas otras cosas que aquí se decían, ya llevaban otro camino. Lo del agua, por ejemplo, es capital. Sin agua no hay agricultura, y el pantano, tal como está, no sirve para mucho. —¿Y cómo cree usted que se remediaría eso, don Federico?—dijo de pronto Juan, á quien la palabra «pantano» había hecho volver de su distracción. —No sé qué decirle á usted—contestó el maestro.—El asunto necesita saber más de lo que yo sé de esas cosas; pero los males presentes, esos los sentimos bien todos.

regar una tahulla, tantos minutos como en tiempo de abundancia para regar diez ó quince. Y además, el agua, por las nubes de cara. —¿Y usted sabe eso en qué consiste? —preguntó Juan que por momentos se iba exaltando interiormente. —En las condiciones del clima—dijo el maestro—y en la falta de arbolado en los montes. —¿No señor!—exclamó Juan.—Consiste en el agua vieja. Si el volumen total de agua que forma las dulas perteneciese á los labradores, á la tierra, todos tendrían bastante. La observación cayó como una bomba en el grupo. Todos ellos se habían visto, más de una vez, en la necesidad de comprar agua vieja, suplementaria de sus albalas; les molestaba esta dependencia á veces, cuando los precios subía mucho; pero nunca habían considerado lo cosa tan grave como Juan pretendía. Y ahora, parecían que el señorito tenía razón, que debía ser así. —El remedio es sencillo—continuó Juan.—Hay que acabar con el agua vieja, que suprimirla, que expropiarla. Verán ustedes entonces cómo se regulariza el riego y el pantano sirve. —Recuerdo—dijo el cirujano, que era el de más edad de los presentes—que siendo yo niño se habló de eso en

Villamar, en Samadet y en todos los pueblos de la llanura. —¿Que si se habló?—exclamó Juan.—¡Pues si esa es la historia eterna de estos campos, la lucha entre pobres y ricos, entre cultivadores y no cultivadores, desde tiempo inmemorial! Sólo que antes había empuje, había alma para la pelea y ahora los hombres no se mueven aunque se vaya en ello el pan de cada día. El labrador se ha convertido en un borrego. —Bueno, si, don Juan, puede que tenga V. razón—dijo el alcalde, á quien el latigazo le pareció haber producido desasosiego.—Los tiempos no son los mismos y ahora, el que más y el que menos, se mira mucho antes de meterse en un lío de esa naturaleza. —Precisamente es lo que yo digo—repuso Juan, que sin darse cuenta iba levantando la voz y personalizando la discusión.—Que no tienen ustedes coraje para hacer lo que sus abuelos hicieron. —Como coraje—observó el maestro, —no crea usted que falta en Villamar. Pero hace falta saber si valdría la pena gastarlo para luego quedarse con tres palmos de narices. —¡Ah, eso no, don Federico!—replicó Juan.—Que la gente se moviera de veras y ya le diría yo á usted de quién era el triunfo.